

PRECIOS DE SUSCRICION.

AÑO 1. En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs. Tres meses 18 rs.—Seis meses 54 rs.—Un año 66 rs.

ADMINISTRACION:

Plaza de San Jorge, imprenta de José Rius.

Se publica todos los domingos.

Valencia 10 Enero 1864.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs.—Seis meses 42 rs.—Un año 80 rs.—Estrangero y Ultramar un año 120 rs.—Un número suelto 2 rs.

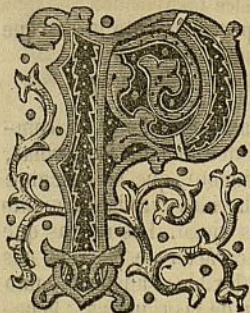
NÚM. 7.

SUMARIO.

Revista de la semana, por D. Dámaso Delgado Lopez.—Estudios acerca de la literatura española, por D. Vicente W. Querol.—Carta de un desocupado á uno que no lo está, por D. Carmelo Calvo y Rodriguez.—La Estátua de Flora.—Campos Eliseos, por D. A. B. F.—Viage al rededor de una tarjeta fotográfica, (continuacion), por D. Jacinto Labaila.—Bendita Hija, (poesía), por D. Enrique Gaspar.—Amor ausente, (poesía), por D. Dámaso Delgado Lopez.—Dolor: Los dos espejos, (poesía), por D. Ramon Campoamor.—Llegar á tiempo: Proverbio en un acto, puesto en verso por D. Rafael Blasco, (continuacion).

Láminas.—La Alameda de Valencia: estatua de Flora.—Salon de los Campos Eliseos de Barcelona.—Tipos valencianos: el turronero.

REVISTA DE LA SEMANA.



Dácenos que la idea eminentemente moral, que es la base principalísima que puede hacer marchar por el camino del bien á la sociedad, no se vea jamás abandonada por los hombres que rigen las naciones, y que esta idea crezca y progrese en todos los terrenos, ya prácticos, ya morales, por si llegar pode-

mos algun dia al perfeccionamiento único y verdadero de la civilizacion de los pueblos.

La educacion de la juventud, única y sola idea que debieran tener presente todos los hombres como el medio mejor para poder llegar á conocer esa incógnita diosa de la felicidad, estrangera en esta vida, que huye de nosotros, ante la contemplacion dolorosa de las ambiciones y luchas homicidas, hijas solo de la perversidad de las costumbres.

El haberse nombrado una comision para que proceda á la reforma de la ley de instruccion primaria, nos hace apreciar de este modo su importancia, interpretando la generalidad de los sentimientos, que sin duda alguna su foco es el bien, que es lo que primeramente colocó el sumo Hacedor en nuestras almas.

El abandono hasta cierto punto de estas sublimes ideas es lo que nos hace lamentar todos esos grandes y fraticidas acontecimientos que continuamente trastornan y manchan el universo.

El ex-presidente de la república de Méjico Comonfort, ha sido cojido y muerto con 180 de sus compañeros entre San Luis y Celaya. Queda solo Almonte en la regencia por la dimision de sus dos compañeros, y entre tanta, sigue la lucha, quedando el general Negre encargado del mando de la plaza, mientras que Bazaine marcha en direccion del Pacifico. Una escuadra inglesa avanza rápidamente á proteger los intereses de Dinamarca, y entre tantos y tantos acontecimientos como nos asombran, vemos al grande hombre, al célebre historiador César Cantú, no ser admiti-

do como diputado en la cámara de Turin, por la razon única de ser católico.

Todo esto, pues, es originario principalmente del descuido de nuestra enseñanza, cuando en cambio, desde niños principiamos á ver espantados, á las cosas y á los hombres sin principios, y á éstos sin corazon y desconociendo la verdad.

Tornemos nuestra vista, y dejando atrás esos acontecimientos que dan por resultado esas contiendas en el imperio de Marruecos por cumplir el príncipe Muley-el Abbas los tratados con España, hasta el punto de susurrarse su muerte, y parémonos para ver espantados por último ese terroroso espectáculo que han dado tres hermanos en Osuna en lucha sangrienta, quedando dos de ellos casi cadáveres, y otro muerto; y veamos si el abandono que hemos manifestado al principio, es la horrible verdad que nos dá tales resultados.

Nuestros proyectos de mejoras por otra parte, y otras ya realizadas han tenido lugar, y vamos á espresarlas.

Caminos y carreteras en construccion, y ferro-carriles como el de Mérida á Sevilla, el de Pamplona á Tarragona, y el de Henarejos, que va en continuo progreso, facilitan mayores ventajas, y mayor comercio en los indígenas, como igualmente el que se proyecta abrir por el centro de los Pirineos nos traerá tambien benéficos resultados.

Saludemos ahora al génio de la pintura, enviemos nuestro pláceme mas cordial á los sevillanos, y batamos palmas en honor de uno y otros al ver la inauguracion del monumento al inmortal Murillo en su patria. Sevi-

lla ha verificado solemnemente el día primero del año con la concurrencia de SS. AA. los Serenísimos duques de Montpensier, y todas las autoridades y toda Sevilla en masa.

En Madrid entre los diferentes sucesos que han tenido lugar, los de mas importancia, aunque de doloroso recuerdo, han sido el entierro y funerales de la duquesa de Sevilla Doña Elena de Castellví y Shelly Fernandez de Córdoba, digna esposa del infante D. Enrique, que ha tenido lugar en el convento de las Descalzas reales con todo el esplendor y ceremonias debidas á la alta clase de infante de España; y casi á la par pero muy modestamente en la iglesia de San Isidro, el de la Excm. esposa del infante D. Francisco de Paula, padre de S. M. el Rey.

También se habla mucho en la corte de la gran cacería á la usanza española, que los emperadores de Francia han celebrado en Compiègne, con el mas escogido y brillante acompañamiento, entre los que se contaban entre otros distinguidos españoles el duque de la Fernandina, y su hermano, y D. Gonzalo de Saavedra, hijo del duque de Rivas, con numerosos y arrojados picadores españoles llevados por el primero de su soto de Oñana, y todos vestidos á la manera de Andalucía, con chaquetilla y zamarra, y en magníficos caballos de Córdoba; y cuyo número de piezas matadas es fabuloso.

Entre esta *causserie* deliciosa han tenido lugar en la corte el beneficio y despedida de la Patti, en el que han llovido los aplausos, los versos, las palomas y las flores: y en el conservatorio el concierto del flautista Parera, que ya conocemos, en el que todos cuantos tomaron parte se han distinguido, principalmente este notable profesor, y la señora de Calderon en el *Ave-Maria* de Gomod, que se le hizo repetir y se aplaudió con loco entusiasmo.

El liceo Piquer también ha dado una de sus tan escogidas y deliciosas funciones, poniendo en escena *Jugar por tabla*, en cuyo desempeño, además de los señores Marquez y Zarranz, se han distinguido la señorita de Gracia, y nuestra distinguida colaboradora la señorita Doña Joaquina García Balmaseda, que interpretó admirablemente en sus diversas situaciones el papel de Sofia, con toda la verdad y delicadeza que era de esperar de su talento, siendo todos al final llamados á la escena. Un preciosísimo dúo tocado al piano por los profesores Zavala y Soss; una romanza, cantada después delicadamente por la señorita Peironet, y dos poesías leídas por la señorita Grasi y el Sr. Campos completaron tan agradable función.

En los teatros siguen repitiéndose las novedades de estas Pascuas, principalmente el *Eclipse parcial* del Sr. García Gutierrez.

Además se han estrenado para la aplicación de los espectros luminosos, el juguete *El Sueño de un soltero*, y en el teatro de Novedades el drama *Herodes*, original de Don Ramon Franquelo, exornado convenientemente y con bailables, y hasta los camellos del Retiro, obteniendo un buen éxito.

En nuestro Teatro Principal se ha puesto en escena el *Piano Parlante* de nuestro querido amigo el fecundo poeta D. Enrique Gaspar. Esta obra estrenada con buen éxito en Madrid, ha sido aquí aplaudida con justicia; lo armonioso de su fácil verificación y los ingeniosos chistes de que se halla sembrada, entretuvieron agradablemente al público que llamó al autor al paleo escénico al finalizar la representación. En la misma noche se puso en escena en dicho coliseo la lindísima pieza en un acto *Pobres mugeres* del mismo autor, de la cual ya nos hemos ocupado; solo añadiremos que la interpretaron admirablemente y se aplaudió con entusiasmo, siendo el autor llamado nuevamente á la escena.

DAMASO DELGADO LOPEZ.

ESTUDIOS

acerca de la literatura española.

D. Fernando de Herrera.

II.

La originalidad debe ser la primera Musa de los poetas y el númen que les inspire debe encontrar su morada en el corazón, pues aquel cuyos versos no reflejen los sentimientos de su alma, no será nunca mas que un rimador mas ó menos hábil de pensamientos ajenos. No somos partidarios de esa originalidad rebuscada que conduce á la estravagancia; esfuerzo ridículo de una imaginación escasa; sino la que nace de ese modo especial de ver y de sentir que constituye la personalidad poética y hace salir á los autores de esa tutela forzada de sus primeros estudios. Pecaron nuestros clásicos de excesivos admiradores de los antiguos, y complaciéronse, aun en aquellas poesías mas íntimas, en traducir á Horacio y Catulo, con lo cual, si bien enriquecieron los giros de nuestra lengua, modelándola sobre el limado idioma del Lacio, no consiguieron sin embargo que la posteridad se fijase un momento en sus traducidos pensamientos. No fue Herrera de este número, y mas de una vez le echaron en cara sus detractores esta falta de veneración por el pasado; de que sus amigos intentaron en vano vindicarlo á su muerte, buscando remotas reminiscencias entre sus ideas y las de los escritores romanos. Mejor defensa era de su sistema la teoría que él mismo espuso en sus anotaciones á Garcilaso diciendo de este poeta: «*sus sentidos ó son nuevos, ó si son comunes los declara con cierto modo propio solo de él que los hace suyos.*» Independencia propia de su carácter que no llegó á prevalecer por mas que Cervantes con el natural desenfado de su genio hubiese dicho: «*soy poltron y perezoso de andar buscando autores que digan lo que yo me sé decir sin ellos.*»

Pero esta originalidad no fue siempre en Herrera producto de sus sentimientos, sino que la rebuscó sobre temas impuestos por la costumbre, y de aquellos en que mas el corazón debe hablar el natural lenguaje de sus espontáneas sensaciones.

Los italianos, especialmente los imitadores de Petrarca, habían puesto de moda el amor, y Herrera, que sabia de memoria los versos de este maestro, del Bembo, de Costanzo, de Molza y muchos otros, opinando que era esta materia inagotable y propia para ejercitar su ingenio, dedicó á ella multitud de sonetos y de elegías, cuyo tono general nos revela cuán forzosamente cruzaba aquel camino su desamorado pensamiento. No, nosotros no creemos en esa pasión violenta que se ha supuesto á Herrera; muy al contrario, opinamos que su corazón, desnudo de todo afecto tierno, estaba lleno de esa sávia vigorosa, de esa enérgica rudeza, mas propia de un soldado que de un escritor erótico. Pensamos, sí, que solo la imitación de Petrarca le indujo á malgastar sus dotes de verdadero poeta, en una materia que no era la suya, escribiendo innumerables versos que la posteridad no había de leer; porque no lee nunca ni se interesa mas que por aquellas obras en las que el autor dejó marcado profundamente el sello de su alma. El vate de Valclusa había divinizado la algun tanto sensual pasión de los siglos medios, cantándola en tiernos y sentidos versos; y aquel amor que el Petrarca tuvo que idealizar por la imposibilidad en que se vió de realizarlo, dió la regla á sus numerosos imitadores. Desde entonces todos los poetas quisieron tener, como los caballeros andantes, la dama de sus pensamientos, y se perdieron en el intrincado laberinto de rebuscados conceptos, de alambicados sentimientos, de metafóricas ideas y de sutiles deducciones, que de todo tenían menos de natural y senti-

do. Herrera fue tal vez el que mas se estravió entonces por este camino, porque era también aquel cuya alma estaba menos formada para el amor. Nada menos cierto que lo que dice en la elegía á Juan de Malara:

Entre suspiros dieron y entre llanto
La edad florida, el pensamiento incierto,
Ley á los versos míseros que canto,

pues no hay un arranque en todos ellos que nos revele los padecimientos de su alma. Entre las tres clases de amores en que dividieron esta pasión los platónicos, él se dedicó al primero ó divino, que pasa de la vista del objeto amado á la inteligencia, y de ésta se eleva á la contemplación sin que se halle en él el deseo de los deleites lascivos del amor mundano (1). Especie de romanticismo de buen género; que no puede ocasionar nunca fatales consecuencias. Nadie pudo decir con mas razón nunca que él, que

Quien ama tan cortés y comedido
no merece censura ni aun de los mas escrupulosos; y comprendemos perfectamente que el conde de Gelves, esposo de Doña Leonor de Milán, la dama de los cabellos de oro y de los verdes ojos que cantaba el poeta, no se diese por ofendido de un afecto que se acercaba mas al amor de Dios que al del prójimo. Toda su teoría de cariño y padecimientos se encierra en estos versos:

El grande amor, medroso, desconfía,
El pequeño continuo es atrevido;
Quien ama poco espera mucho, pero
Yo, que amo mucho, poco bien espero.

Lo cual no es mas que la amplificación de lo que con mas ceñidas palabras dijo Petrarca:

Chi puo dir com egli arde é in picciol foco.

Esta imitación del amante de Laura la llevó hasta la exageración, y así como aquel jugando con el nombre de su amada cantó *Laura, il lauro e l'auro*, éste apellidó la suya *Luz Lumbré, Aglaya*, que significa *esplendor*, y *Eliodora* que se traduce *dones del sol*, con cuyas voces pudo fácilmente tejer iguales juegos de palabras. No es que él trate de ocultar sus imitaciones, muy al contrario, celebra á Petrarca en cuantas ocasiones se le ofrecen, y así dice:

Tal á su bella Laura, el gran toscano,
Cantó con alta, insigne y noble lira,
Guiando el niño rey su diestra mano:

Por eso supone que exclamará al oír su canto desde el Eliseo,

«O es esta la suave lira mía
O el Bétis cual mi sorgia tiene á Laura.»

Y con frecuencia le llama

El blando, el terso y el gentil toscano.

Pero insistimos en que Herrera no amaba; en que no conoció nunca la pasión devoradora del Dante ó del Taso, ni aun la muelle y delicada de su maestro, y el estado que en las siguientes estrofas pinta como ya perdido para su alma, es el que debió conservar siempre.

Helado fue mi pecho, de aspereza
Se vistió en otros años por bien mio,
No se abatió al regalo y la terneza.
Lleno de noble ardor y osado brio,
Seguro se hallaba y confiado,
Juzgando el dulce bien por desvario.
Y con orgullo podía decir como dijo:
Nunca tocado fui de agena llama,
Ni de semblante dulce fui vencido.

Y comprendemos perfectamente la idea que espresa en estos versos:

¡Cuántas veces rei del blando llanto
De Laso!

Su conceptuoso amaneramiento es completamente opuesto al desaliño de las formas, pero apasionado sentimiento que se descubre en los que fueron heridos verdaderamente por las saetas del dios ciego. Los rasgos que nos han quedado del carácter de Herrera nos lo presentan duro, inflexible, austero como un estóico, desdeñador de las riquezas y bene-

(1) Herrera, anotaciones á Garcilaso.

ficios de los grandes, asiduo en el trabajo, amante de su opinion y difícil de doblegarse á la de los demás, parco en el aplauso, verídico en la censura y enemigo de dar ni recibir adulaciones, «lo que le causó opinion de áspero y mal acondicionado», segun espresion de Francisco Pacheco, que al hacer el retrato que puso al fin de sus obras, supo traducir fielmente con el lápiz en aquella fisonomía seca y huesosa, en aquellos pómulos salientes, en aquella frente rugosa y algo calva, el severo ánimo de su inmortal amigo.

Por eso opinamos nosotros que hizo mal en dejarse arrastrar por la costumbre de la época. Quien habia comenzado sus ensayos literarios por la *Gigantomaquia*.

Principio de mis versos grande y rudo como él mismo la llama; quien en la batalla de Lepanto, en el soneto á Bruto, en la oda al rey D. Sebastian, en su poesia á Fernando de Austria, en sus versos á D. Alvaro de Bazan habia seguido sin fatiga el levantado vuelo de Pindaro ó habia reproducido con igual uncion el místico himno de los profetas hebreos, no tenia razon para esclamar,

Mi débil canto, á débil gloria aspira,
sino que siguiendo el consejo del conde de Gelves, que le invitaba á celebrar las glorias de su patria, debia haber sido el poeta épico de nuestra grandeza pasada, de aquel hazafioso siglo en que, como dijo muy bien:

Entre armas y entre hierro mal resuena
Cansado el noble espíritu amoroso.

No lo hizo así, y se equivocó ciertamente, pues hoy debe su gloria y el respeto de su patria á las composiciones que él, sin duda alguna, creyó entonces ajenas al camino que debia seguir para llegar á la inmortalidad.

Sea como quiera, ellas han llegado á nuestras manos como inimitables modelos de una poesia levantada y digna, sin hinchazon ni rimbombancia afectada. Acertaron nuestros poetas, Fray Luis de Leon el primero, y luego Herrera, á introducir una novedad de inestimable precio en sus obras, yendo á buscar la inspiracion en los libros sagrados de la Judea y aprendiendo en Moisés, en David, y en Isaías, á entonar aquellos sublimes cantares en los que tan bien se adunan lo filosófico de los sentimientos, la grandeza y dignidad del arrebato lírico y la gravedad mística que tan en consonancia estaba con el carácter emprendedor, guerrero y religioso de nuestros antepasados. Siglos antes de que una moderna escuela francesa prefiriese las aguas del Jordan á las de la fuente Castalia, teníamos nosotros ya modelos acabados de este género que no perecerá nunca.

Y tan esclarecido ingenio como el que hemos tratado de bosquejar, ó por su carácter, ó por lo retraido de su laboriosa existencia, no gozó del favor de sus contemporáneos, antes por el contrario, sus amigos lamentaron su abandono y Francisco de Medina dijo que trabajaba *alentado solamente con el premio de la virtud*, mientras que otro de sus contemporáneos decia: *y hombre cuya noticia fue tan grande, cuya leccion fue tanta y tan varia, está hoy como vemos, sin nombre ni estimacion.* Suerte que sufrieron con él casi todos nuestros escritores.

La mayor parte de sus obras poéticas no ha llegado hasta nosotros. *La batalla de los gigantes*, de la que solo se conservan dos versos, *El rapto de Proserpina* de Claudiano, traducido en verso suelto, que segun Pacheco era la mejor de sus obras de este género, el *Amadis* y otro tomo de sus poesías en el que estaban incluidas multitud de églogas, los amores de Lausino y Corona y gran número de romances y glosas castellanas, cuya próxima impresion se anunció sin que llegara á verificarse, se han perdido ya completamente para la posteridad.

Deploramos la injusticia de sus contemporáneos, consolándonos solo el ver por fin cum-

plida en parte la profecía de Rioja: «*Los dias, que saben borrar las envidias y mostrar con nueva fuerza la verdad de las cosas, darán á estas obras la gloria que se les debe.*» No del todo en vano puso el mismo Francisco Pacheco al pié del retrato de su amigo:

«*Agit in lucem veritatem tempus.*»

VICENTE W. QUEROL.

CARTA

de un desocupado á uno que no lo está.

Sr. D. M. J.

Mi estimado amigo: hace mes y medio, muy cerca de dos, que dejé temporalmente ó abandoné (aun no lo sé de cierto) esa coronada villa, y otro tanto hace que tengo intencion formal de escribirle. Si no he realizado antes mi propósito ha sido por dos razones; primera, porque no tenia nada que decirle que mereciese la pena de contarse, y segunda, porque como quiera que no me gusta molestar á nadie, y menos á V., no quise que se tomase el trabajo de leer el largo y soñoliento capítulo de las tonterías y estravagancias que se le ocurren y ejecuta un desocupado.

Ese desocupado soy yo; no estrañe V. que me trate de esta manera, ya que cuando juzgo á alguno lo hago con una franqueza, que, tales son los tiempos, no falta quien la tache de descortesía, y con una severidad, que el que no me conozca tal vez la traduzca por vanidad ó envidia. Pero hoy mi desocupacion cede, y cambia de aspecto el asunto, pues con gran satisfaccion mia tengo que hablarle de una visita y un regalo, que acabo de recibir, en la humilde habitacion que ahora me alberga con cuidado solícito y cariñoso.

La visita es la de un compañero leal, la de un amigo del corazon, á quien tiene V. particular aprecio y yo verdadero afecto, un compañero y un amigo que es al mismo tiempo un escritor muy modesto pero muy digno, y que se llama Pedro Yago. El regalo es un libro de unas 250 páginas, obra suya y que lleva en la portada el título tan original como su autor de *En el fondo*.

Con este motivo, tengo necesidad de decirle á V. mi opinion sobre este libro, aunque no sea mas que para reanudar y recordar las tranquilas y sabrosas conversaciones que teníamos en aquel rincon famoso del café Helvético y en su retirado pero alegre pabellon de Atocha.

En el fondo es una obra, que, sin tener la pretension de ser de filosofia, es filosófica, pero filosófica en cierto sentido. No es esa filosofia indigesta, nebulosa, sábia, segun han dado en llamarla, la que encierra este libro, sino esa filosofia humorística, amarga y mordaz que dentro de su ligera forma y festivo estilo reasume profundos juicios y cáusticas verdades: es esa filosofia que hace pensar riendo y hace reir pensando; es esa filosofia que partiendo de la razon llega á la fe, y partiendo del hombre llega á Dios, á diferencia de esa otra que partiendo de la razon llega al caos, y partiendo de la naturaleza llega á la nada. Bajo este concepto, pues, la obra es recomendable. Pero V. me preguntará ¿cuál es el objeto de este libro? á lo cual le contestaré: «*Mírelo V.*» — ¿Dónde? — En el fondo.

En el fondo... ¿Y qué quiere decir eso?

Voy á intentar explicarlo.

En el fondo... esa frase sacramental del dia, esa muletilla que está asomando á todas horas en los labios de todos, espresa un hecho que á primera vista parece una vulgaridad ó una perogrullada y que no lo es tal, y es que en el fondo... hay algo y aun *algunos*. En el fondo del individuo se anida el abismo de la conciencia, en el fondo de la naturaleza los

secretos de la creacion, en el fondo del alma los misterios de lo desconocido, en el fondo de la humanidad los arcanos de su porvenir y en el fondo de la tierra, del espacio, de la atmósfera que nos rodea la idea de Dios. Intentar penetrar en ese fondo, removerle un poco, hablar de él, es una empresa noble, una accion generosa, un pensamiento digno. ¿Cuánto ganaríamos si los que están encargados de tratar esta cuestion, no se detuviesen en la *superficie* de sus personalidades, de sus ambiciones y de sus miserias! ¡Cuánto tendrá que regocijarse y llorar al mismo tiempo el hombre, el dia que desaparezca esa generacion superficial de monopolizadores de oficio, de sabios por casualidad, y de aventureros de profesion!

Pero aun hay mas; ese fondo tiene dos aspectos, dos caras, dos fases que se reflejan en miles de superficies, en un sinnúmero de formas: el fondo bello de la virtud y el fondo perdurable del vicio. Nuestro amigo se ha ocupado de uno y otro, pero no doctrinalmente sino á la ligera, vertiendo aquí un chiste, allí una agudeza, mas allá un pensamiento delicado ó una sentencia profunda, rozando siempre las teorías metafísicas, tocando siempre con el punzante dardo del epigrama las cuestiones morales, esas cuestiones para las cuales es impotente el ejemplo de los menos, sin que el escritor público escupa el ridículo sobre los más, y salpicando por todas partes frases impregnadas de ese espíritu original, nuevo y brillante que posee y que le hace pintar con todos los colores de la verdad los variados matices que embellecen y afean á la par ese doble fondo de la humanidad y especialmente de la sociedad actual que es la que se ha propuesto retratar su autor.

Yo puedo decirle á V. con la ingenuidad que me caracteriza, que á pesar de que conocia ya la mayor parte de las hojas de este libro, pues muchas de sus páginas están escritas en Madrid (cuando vivian nuestro amigo y un servidor de V., en la calle del Pez), á la luz de una misma bujía, al calor de unos mismos sentimientos, al amor de una misma lumbre, é inspiradas por la corriente de unas mismas ideas, puedo asegurar, repito, que he vuelto á leerlas con la misma curiosidad que si fuese completamente desconocido para mí. Y no es eso solo, muchas cosas hay que no conozco, y por consiguiente que no he leído, y maldito el interés que tengo en saber lo que dicen. Esto le probará á V. que todo lo que escribe Yago tiene una novedad para mí, y es, la de gustarme y... ¿por qué no lo he de decir cuando hoy se dicen cosas peores? la de creerlo bueno. Sí, señor; lo creo así, y tanto lo creo que reto á todos los literatos habidos y por haber á que me prueben lo contrario.

No estrañe V. que me espese de este modo, que en honor de la verdad no es natural en mí á pesar de ser radical en mis ideas, pues hoy se ha hecho necesario, hablar claro para que lo entiendan á uno, y fuerte para que le oigan bien. De poco tiempo á esta parte hemos visto invadido el campo literario lo mismo que el político por una turba de intrusos, que no contaban ni cuentan con otros méritos que los que ellos se han concedido, y ha llegado á tal punto su descaro y su suerte que el público ha creído de buena fe lo que ellos han querido que creyese. Los hombres de talento con una modestia, que si en circunstancias dadas es santa en otras es criminal, se han asustado al ver esta plaga y les han franqueado el paso. Hoy estamos en una época de descomposicion tal, pues esa raza enfermiza lleva en sí el peor de los males, que es esa tisis de la inteligencia que se llama escepticismo, que no hay idea sana en el espíritu, ni sentimiento honrado en el corazon, que no esté falseado, ni maleado.

Para combatir este mal es necesario hablar muy claro y acometer sin temor á esas

huestes unidas hoy por el lazo del presupuesto, pero que mañana estarán desbandadas por el cebo de la ambición.

Amigo mío, no quiero decir más sobre este punto, pues las consideraciones que se me ocurren tal vez me llevarán más lejos del objeto que me ocupa y del cual no quiero salir.

Ahora para terminar esta carta solamente voy a añadir dos palabras:

A pesar de cuanto llevo dicho no crea V. que el elogio que hago del libro de Yago es apasionado, nada de eso. V. tal vez dirá «en el fondo de este artículo se ve la amistad que el que suscribe esta carta profesa al autor del libro,» y no es así; en el fondo de este artículo está reflejado el fondo de mi pensamiento y nada más.

No quiero abusar por más tiempo de su paciencia, ni de su atención, no quiero ser un desocupado enfadoso, ni quiero hacer á nadie participe de mis debilidades ó rarezas, que bastante tiene cada cual con las suyas.

Manténgase V. bueno, escribame si tiene algún rato perdido y reciba los afectos de todos los amigos. Yo para concluir voy a dejar deslizar por la superficie de este papel una palabra que V. sabe muy bien que está grabada en el fondo de mi corazón y es la siguiente: Soy su amigo

C. CALVO Y RODRIGUEZ.

LA ESTÁTUA DE FLORA.

En el plan de embellecimiento del paseo de la Alameda de Valencia que trata de llevar á cabo el ayuntamiento actual, se comprendió desde un principio la idea de colocar en su recinto algunas obras de arte, como tributo rendido á la cultura de la época.

Para realizar este pensamiento se decidió, entre otras cosas, colocar una estatua delante del casino que existe en el plantío, en el centro de un pequeño estanque, y el señor alcalde constitucional D. Francisco Brotons encargó á una persona tan competente como el eminente escultor valenciano D. José Piquer, que eligiera el modelo para dicha estatua.

El bellísimo dibujo que ofrecemos á nuestros lectores les dirá si el Sr. Piquer anduvo acertado en su elección. La estatua se está actualmente terminando en Roma en el taller del Sr. Piquer, es de excelente mármol blanco de Carrara, tiene unos seis palmos de altura, y está copiada de otra griega que existe en el Museo de Londres.

La estatua de Flora se colocará sobre un pedestal en el centro de un canastillo con surtidores de agua; el espacio entre el canastillo y la estatua se adornará con flores.

Esta mejora debida á la iniciativa del alcalde constitucional Sr. Brotons, no dudamos que será bien recibida de todos los amantes de las bellas artes.



ALAMEDA DE VALENCIA: ESTÁTUA DE FLORA.

CAMPOS ELÍSEOS.

Entre los diversos sitios que tiene Barcelona destinados para verificar diversiones públicas, los más amenos y que comunmente llaman más la atención de los forasteros, son los jardines situados al oeste de la ciudad á derecha é izquierda del paseo de Gracia.

Según la asociación que á cada uno de esos preside, reciben el nombre de Euterpe, Tivoli y Campos Elíseos; si bien todos en conjunto se pueden llamar Campos Elíseos.

En todos ellos se disfruta de una gran variedad de espectáculos que hacen pasar agradablemente el tiempo que para verlos se emplea.

Bailes, cantos, prestidigitaciones, columpios, montañas rusas, juegos gimnásticos y representaciones del género cómico, son las diversiones que se dan con más frecuencia. Las horas en que éstas se verifican suelen ser las que median durante las tardes de invierno y los crepúsculos y noches de verano.

Generalmente los días festivos y los jueves de cada semana son los designados para dar las funciones de más atractivo.

En el jardín llamado de Euterpe primero, y hoy en los campos Elíseos, bajo la dirección del conocido compositor D. Anselmo Clavé, se canta una escogida colección de coros á voces solas cuya letra que está en catalán y música son originales del director y le han granjeado una justa nombradía.

En el Tivoli también cantan coros de este género.

En otro jardín llamado Campos Elíseos, además de varias construcciones forestales de la montaña rusa, existe construido de obra de fábrica un magnífico salón de elegante arquitectura de la época del renacimiento, que es el representado en la lámina.

Su perímetro lo forma un cuadrilátero rectangular, elevándose cuatro fachadas con ventanas á la altura de un metro y que dan al jardín dentro del cual está construido, de manera que todos los concurrentes á los campos Elíseos pueden ver el interior desde fuera.

La grandiosidad de la decoración de las paredes interiores, la del techo y la alfombra del piso forman un contraste magestuoso.

No es menos bellísimo el juego de luces con que lo iluminan formando caprichosos dibujos.

En este salón destinado para el baile lucen su hermosura las lindas barcelonesas, cuya riqueza en adornos compete con la de las damas más aristocráticas de la corte.

Ahora con motivo del ensanche de Barcelona es de presumir que este salón deberá derribarse, y aunque sea muy sensible nos consuela el pensar que vista la actitud del genio catalán lo reemplazará con ventaja, construyendo otro salón mejor si cabe, con tanta prontitud como lo hizo con el gran teatro del Liceo.

A. B. F.

VIAGE

al rededor de una tarjeta fotográfica.

III.

Concluido que hubo D. Carlos de almorzar, vistióse, y metiendo el retrato envuelto en el papel en su cartera de bolsillo, dejó la casa de la calle de las Huertas saliendo precipitadamente.

Iba á buscar al fotógrafo con la idea de que éste le hiciera conocer á su desconocida.

Directamente, sin detenerse en ninguna parte por el camino y con paso acelerado, se encaminó á la fotografía y subió los escalones de dos en dos: llegó á la sala de espera y la encontró invadida por gente de todos sexos, de todas edades y de todas condiciones; se dirigió á un joven que escribía en unos libros grandes sobre una mesa escritorio y al abrir la boca para hablarle se vio interpelado por dicho joven del modo siguiente:

—Caballero, tenga V. la bondad de esperar un momento, el gabinete, como V. ve, está ocupado y la galería también. El fotógrafo tardará aun en poder retratar á V.

—No vengo á retratarme; vengo á hacerle dos preguntas.

—Tenga V. pues la bondad de volver mas tarde, porque ahora está muy ocupado...

—¿A qué hora podré hablarle?

—A las tres y media; cuando ya no podemos sacar negativos... á la hora de fijar, que es cuando baja de la galería; le contestó el joven del escritorio.

—Volveré á esa hora, dijo D. Carlos despidiéndose y abandonando el gabinete fotográfico.

Nuestro héroe bajaba pausadamente la escalera de la fotografía profundamente contrariado, tenia que esperar algunas horas, y su carácter vehemente, su curiosidad inquieta y su imaginación fogosa le atormentaban de un modo indecible.

Al verse en la calle sacó el reloj y vió que era la una.

—¿La una todavía! exclamó, dos horas y media han de transcurrir antes de que yo averigüe quién es mi incógnita! ¡Qué haré hasta entonces!... pensar en el tiempo que he de tardar en saberlo es impacientarme mas, es desesperarme, es no vivir!...

No quiero pensar en el original del retrato hasta las tres y media!... Entraré en el Suizo, tomaré café y encontraré acaso algunos amigos, con los que pasaré sin sentir esas dos horas y media mortales... ¡Buena idea!

Conducido este monólogo que á sí mismo en silencio se dijo D. Carlos, se encaminó al Suizo y entró.

En una de las mesas vió sentados á dos jóvenes amigos suyos, y con ellos tomó café y entabló diálogo.

Después de la conversacion de ordenanza entre amigos que se ven por primera vez después de algunos meses de ausencia, D. Carlos siempre fijo en su idea, desenvolvió el retrato y, presentándolo á sus compañeros de mesa, les dijo:

—¿Conoceis al original?

—No, contestó uno de ellos.

—Yo tampoco, respondió el otro.

—¿Vosotros que estais introducidos en los altos círculos de la corte no conoceis á esta muger?

—¿Es de la nobleza?

—Lo ignoro.... presumo que sí.... pero no la conozco...

—Pues chico; estamos iguales.

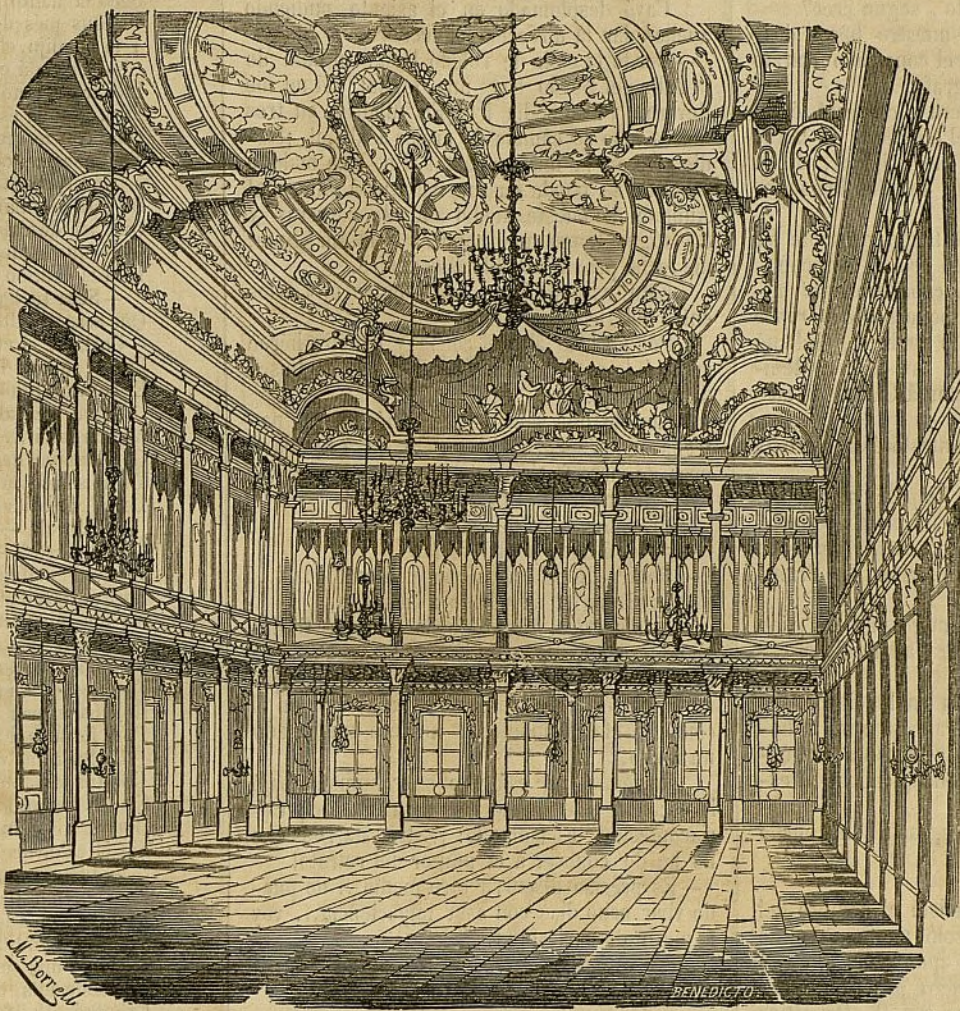
—¿Qué os parece? ¿os gusta?

—A mí, dijo uno, no me desagrada la figura, pero la cara no me place.... no tiene mi tipo.

—Este está por el tipo flamenco, añadió el otro.

—¿Y tú? le interrogó D. Carlos.

—Yo.... estoy por los tipos de todas las escuelas, me gustan el francés, el americano, el español, el inglés, en fin, todos.



SALON DE LOS CAMPOS ELÍSEOS DE BARCELONA.

—¿Y éste? volvió á interrogarle D. Carlos, señalando la tarjeta.

—Hombre, éste.... no me disgusta.... si tuviera la nariz mas corta.... me parecería divino.

—Pero, ¡y los ojos!

—Sí, ¡los ojos son hermosos! grandes como dos huevos.

—Federico, no has nacido para hacer comparaciones, contestó algo picado D. Carlos á su interlocutor.

—En cambio tú has nacido para enamorarte; apostaría mil reales, si los tuviera, á que estás loco de amores por el original de esa fotografía, exclamó el llamado Federico.

—Y no los perderías....

—¿Oyes, Eduardo? Ya se ha enamorado otra vez Carlos, dijo Federico dirigiéndose á su amigo.

—Cuéntanos esa aventura, y así mataremos el tiempo, añadió Eduardo.

—Estoy en el primer capítulo, que puede llamarse así: «De cómo Carlos Rojas se enamoró de una tarjeta fotográfica y de los pasos que empezó á dar para conocer á la muger retratada.»

Eduardo y Federico al oír esto á coro arrojaron una carajada franca y burlona.

—¡Aun queda un D. Quijote en el siglo XIX! exclamó Federico.

—En efecto, está enamorado de una dulceínea del Toboso que nunca ha visto, añadió Eduardo corroborando la idea de su amigo.

—¡Eso es llamarme loco!

—Eso es decirte, le contestó Federico, que tienes dos defectos, ser algo loco y algo joven.

—Es verdad, repuso Eduardo que casi siempre afirmaba lo que decia su amigo Federico.

—¡Conque soy algo loco! ¡porque soy enamorado!

—¿Eres tú mas cuerdo, Eduardo, que te enamoras de las mugeres flamencas, esto es, de la carne de las mugeres, y llamas á esto amor cuando es otra cosa muy distinta? ¿Eres tú mas cuerdo, Federico, que dices que te enamoras de todos los tipos femeninos conocidos y por conocer, cuando sé que te gustan todas las mugeres y que no te enamoras de ninguna?

—No encuentras diferencia entre lo que nosotros hacemos y lo que tú haces? ¡Pues apenas es distinto hacer el amor á una muger de carne y hueso después de verla y de gustarnos, á enamorarse de un pedazo de cartulina! le contestó Federico.

—Eso lo dice y lo hace por el otro defecto que le encontramos; por ser demasiado joven, añadió Eduardo.

—Cuento tantos años como vosotros; he cumplido veintitres, objetó Carlos.

—Has cumplido veintitres, pero no tienes mas que quince, le replicó Federico.

—¡Eso es llamarme niño!

—Esto es decirte que todavía has de hacer muchos disparates antes de que obres como nosotros, esto es, antes de que cuentes nuestra edad, antes de que veas las cosas como son, dijo Federico.

—Esa idea es digna del que compara á dos huevos los ojos de una muger hermosa; si fueras poeta tendrías estilo, le contestó Carlos.

—¡Mas fácil es que tú lo seas que te enamoras de un retrato hecho á máquina! añadió Eduardo.

—Esa idea tambien es digna del hombre que gusta de las mugeres flamencas, si fueras pintor tendrías manera.

—Carlos es incorregible.

—Es un pecador recalcitrante.

—Y vosotros sois unos jóvenes gastados, que la echais de viejos y hacéis alarde de no sentir en la edad en que debiera ser ridículo no estar enamorados, y en la que debiera ser ridículo hasta tener juicio.

—¡Este como está loco quiere que todos lo pierdan!

—¡Carlos, siéndote tan joven debias tener la cualidad de la juventud, la abnegacion, permítenos que seamos cuerdos.

Dejemos á Federico y á Eduardo que se burlen de nuestro héroe y que éste se defienda de sus bromas, y á las tres y media nos volveremos á juntar con él para seguirle la pista.

IV.

Son las tres y media.

Carlos ya está en la fotografía dirigiendo estas palabras al fotógrafo:

—Dispéñseme V. la libertad que me tomo, pero ¿quiere V. decirme si esta tarjeta es obra de su establecimiento, según creo?

Esta pregunta la hizo nuestro héroe des-
envainando por supuesto el consabido retrato
y enseñándoselo al fotógrafo.

—Es obra mía, caballero, contestó éste.

—¿Quiere V. hacerme el obsequio de mirar
en los libros el nombre del original, si V.
no lo recuerda... creo que ustedes los apun-
tan?...

—Sí... voy á verlo... no tengo presente su
nombre, el *negativo de esta prueba* lo recuer-
do por el trage... mire V. caballero ¡qué de-
talles! ¡qué tono! pueden ponerse estas ropas
al lado de las de Disderi ó de Kent, exclamó
el fotógrafo en un arrebató artístico contem-
plando y haciendo contemplar á Carlos la tar-
jeta.

—Tiene buen vestido, contestó éste, pero la
cara es maravillosa.

—Sí... pero está poco *limpia*; si hubiera
salido como las *ropas* sería un positivo mode-
lo! Ah caballero, en este momento recuerdo
que trajo á esta señora un escritor, D. Primi-
tivo Vargas.

—Primitivo es íntimo amigo mío... ¡vino
con él! exclamó entre alegre y admirado el es-
tudiante.

—Sí, verá V. como consta en los libros.

—Esto diciendo, el fotógrafo se puso á ho-
jearlos hasta que encontró el nombre del es-
critor mencionado; entonces dirigiéndose al es-
tudiante le dijo:

—Ah caballero, ¡qué desgracia! no puedo
complacer á V.

—¿Qué quiere V. decir!

—Que en los libros no consta el nombre del
original de ese *positivo*, solo anotamos el de
su compañero: mire V. la *apuntación*. —«Don
Primitivo Vargas la primera prueba y doce
mas.» «La señora que vino con D. Primitivo
la primera prueba y veinte mas.»

Al oír la lectura de esas dos *apuntaciones*
nuestro héroe quedó desconcertado, quedó frío,
mortal.

El fotógrafo debió conocer la impresión que
esta noticia hizo en el joven, y procurando con-
solarle le dijo con mucha amabilidad:

—Siento en el alma no poder complacer á
V., no es mía la culpa; pero supuesto que V.
es amigo de D. Primitivo Vargas, él puede
enterarle de lo que desea saber.

Esta idea del fotógrafo fue un rayo de luz
para Carlos, el que recobrando su valor se
despidió del retratista con estas palabras:

—Tiene V. razón, voy á buscar á Primitivo,
y doy á V. un millón de gracias por su ama-
bilidad y por su idea.

V.

Nuestro héroe volvió á tener esperanza
de conocer á su incógnita.

Era ya empeño, lo que empezó por deseo
y por curiosidad.

Dirigióse, pues, á la calle de Toledo donde
vivía su amigo Vargas. ¡Con qué impaciencia
andaba el largo trecho que media entre la
fotografía y casa de su amigo!

Carlos no iba al paso regular, iba á ga-
lope tendido, parecía que tuviera alas en los
piés; hubiera querido ser pájaro.

Si en este mundo fuéramos siempre lo
que queremos ¡cuántas veces nos arrepenti-
ríamos de realizar nuestros deseos absurdos
con frecuencia!

Nuestro estudiante llegó por fin á casa de
su amigo, preguntó por él y le dijeron que
ya no vivía allí, que se mudó por vivir con un
paisano suyo, en la calle del Sordo, junto al
Prado.

A Carlos volvió á caerle el alma á los
piés... otra contrariedad. Sudando y rendido
por la velocidad con que había recorrido tan
larga carrera, no tuvo mas remedio que detener

á un coche de alquiler, que por allí pasaba, y
precipitarse en el vehículo.

Cayó desplomado en el asiento, pudiendo
apenas dar la dirección al cochero.

—Desde la calle de Toledo hasta el final de
la calle del Sordo hay una legua! ¡Si no me
llevaran yo no podía ir! ¡En Madrid en tres
meses todo se cambia de arriba á abajo! ¡Na-
die vive en la misma parte! En esta maldita
corte no se puede buscar nada ni á ninguno!
Aunque me cueste medio año de carreras y
de fatigas tengo que conocer á mi incógnita;
me lo he propuesto y lo conseguiré.

Este razonamiento hacia entre sí Carlos
entre colérico y cansado.

Por fin hizo alto el coche y nuestro héroe
subió á la casa de la calle del Sordo en busca
de su amigo.

Abrióle una señora que tomó por la pa-
trona de huéspedes y le espetó en seguida á
boca de jarro la siguiente pregunta:

—¿Vive aquí D. Primitivo Vargas?

—Sí señor, pero no está.

—¿A qué hora podrá verle?

—Dentro de ocho días; no está en Madrid...
esta mañana ha marchado á Logroño.

Al oír estas frases de la patrona Carlos
sintió escalofríos; la noticia de la ausencia de
su amigo por ocho días fue una puñalada que
se le clavó en el corazón y sintió frío en él
como si efectivamente le hubiera traspasado
un acero.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano bajó
la escalera y se dirigió á su casa mohino y ca-
riacotecido, exclamando: ¡Estará de Dios que
no he de conocer á la mujer del retrato!

—Es preciso discurrir otro medio... no pue-
do vivir ocho días con esta impaciencia... voy
á morir de curiosidad.

(Se continuará.)

JACINTO LABAILA.

¡BENDITA HIJA!

En una tarde de Enero
Trepando por una loma,
Deja una niña su apero
Despreciando el ventisquero
Y el alud que se desploma.

Ya el romero ni la gualda
No pisa su planta leve,
Sube del monte la falda
Cayendo sobre su espalda
Rizados copos de nieve.

Cae la tarde: á paso lento
Su sombra la noche ensancha
Y con ímpetu violento
Cruza el rayo, silba el viento
Y retumba la avalancha.

Oye el eco del torrente,
Siente su espuma después
Que la salpica la frente,
Y corre y corre y no siente
Que brotan sangre sus piés.

Rasgando el negro capúz
Que envuelve el monte en misterio,
Desprende el rayo su luz
Sobre el árbol de la Cruz
Que corona un monasterio.

Y al resplandor que le baña
Sobre atrevido peñón,
Mas el huracán se ensaña,
Llevando por la montaña
Los ecos del aquilón.

Sigue la niña anhelante
Del bendito faro en pos,
Y aterida y vacilante
Fija su planta delante
De la morada de Dios.

—Há del convento—y la frente
Con hondo pesar inclina,
Suenan pasos, llega gente
Y el postigo lentamente
Sobre su goznes rechina.

Envuelto en tosco sayal
Vió á un anciano al resplandor
De mortecino fanal,
Que alumbraba en el portal
La imagen del Redentor.

Y postrada ante él de hinojos
Besó su rugosa mano,
Secó el llanto de sus ojos,
Vió sus piés de sangre rojos
Y la bendijo el anciano.

—¿Cómo á esta humilde clausura
Llegar sola no te aterra?

—Tan grande es tu desventura
Que con noche tan oscura
No temes cruzar la sierra?

—La aspereza no imaginas
De este montañoso suelo

Que así descalza caminas?

—Sé que sembrado de espinas
Está el camino del cielo.

—Seca tu llanto y contente
Que acaso el dolor te obceca.

—Cortadle el curso al torrente,
Padre, se seca la fuente

El corazón ¿quién lo seca?

—Tal vez pasiones mundanas,
Alguna falta... —No, padre,

Que aunque hay mugeres livianas
Yo he sabido honrar las canas

De mi viejecita madre.

—Hónrala. —La honré, fui buena.

—¿No existe? —Por mi quebranto

Juzgad el mal que me apena,

Porque á faltarme esa pena

No me sobrara este llanto.

—Que el bien que la mano toca

El tiempo así lo destruya!

Yo que por mi madre loca

Robaba el pan á mi boca

Para llevarlo á la suya!

La huérfana que algún día

Con tus amantes accesos

En tus brazos sonreía,

¿Podrá vivir, madre mía,

Sin el calor de tus besos?

—Justo es que tu alma taladre

Tan horrible desventura,

Pero hay un Dios. —Padre, Padre,

Para mi bendita madre

Mendigo una sepultura.

Bendecidla, allí mi cuita

Calmaré con la oración.

—Con piedad tan infinita

¿Dónde hay huesa mas bendita

Que tu santo corazón?

Honra siempre su memoria

Aunque tu pecho taladres,

Que del mundo entre la escoria

Solo está abierta la Gloria

Para aquel que honra á sus padres.

Que el que en el bien escudado

Caminando de él en pos

Toca al término anhelado,

Ese es un ángel formado

De una sonrisa de Dios.

ENRIQUE GASPAS.

AMOR AUSENTE.

A J.

El alba ya asoma, sus cantos de amores
Las aves entonan cruzando el jardín
Despierta la brisa besando las flores
Y lucen sus vivos, brillantes colores
Bordando las rosas el blanco jazmín.

El sol aparece; sus rayos de oro
Los prados matizan de nítido tul,
Y espléndido el día de encantos tesoro
Se escapa del alba, brindando decoro
Al cielo encantado del límpido azul.

Y en tanto mi hermosa de amores fallece
Debajo las ramas del verde laurel,
Tristezas el día tan solo le ofrece,
Que es blanca azucena que pálida crece,
Sultana del valle, matiz del vergel.

De nieblas y nubes tras claros reflejos
La miro sin fuerzas rendida llorar,
Nublando sus ojos, de amores espejos,
Los tiernos suspiros que se oyen al lejos
En brisas envueltos su amor resonar.

Tres años de ausencia, de angustias y duelo,
De pena doliente, de negro sufrir,
De no enloquecerme sus ojos de cielo,
Ni oír sus palabras que yerten consuelo,
Ni el alma alimentan, ni me hacen vivir.

Tres años en que ella con dulce embeleso
En mí reclinaba su nítida sien,
Dichosos momentos que en plácido esceso
Sintiera en mi boca su cándido beso
Que hiciera mi dicha, mi gloria y mi bien.

Tres años que lloro, tres años que peno
Mi acerba amargura, mi suerte fatal;
De negros dolores mi pecho está lleno
Y apuro anheloso de ausencia el veneno
Por ver si consigo se temple mi mal.
Que si ella dolores tan solo respira
En cruda amargura, llorosa aflicción;
También apenado mi pecho suspira
Desgárrase el alma, la mente delira
Y sangre destila mi fiel corazón.

DÁMASO DELGADO LÓPEZ.

DOLORA.

LOS DOS ESPEJOS.

En el cristal de un espejo
A los cuarenta me vi,
Y hallándome feo y viejo
De rabia el cristal rompí.
Del alma en la transparencia
Mi rostro entonces mire,
Y tal me vi en la conciencia
Que el corazón me rasgué.
Y es que en perdiendo el mortal
La fé, juventud y amor,
Se mira al espejo... y ¡mal!
Se ve en el alma... y ¡peor!

RAMON DE CAMPOAMOR.

LLEGAR Á TIEMPO.

Proverbio en un acto, puesto en verso

por Rafael Blasco.

(Continuación.)

JULIA. A mí también.
CARL. Viajaremos.
JULIA. Es imposible.
CARL. ¡Otro obstáculo!...
JULIA. Mi tío, mi pobre tío
Nunca sale de su cuarto
Y sin él...
CARL. ¡Ah! ¡No podemos!
¡Es muy triste!... en ese caso
Iremos al baile juntos,
Bailaremos...
JULIA. Ni pensarlo.
Mi tío dice que las jóvenes
No deben bailar!
CARL. ¡Es claro!...
Entonces... nada; leeremos
Los libros mas apreciados,
Yo iré a su casa de V.
Todos los días del año...
JULIA. Todos no, porque mi tío...
CARL. ¡V. nada acepta!
JULIA. Carlos
¡Si son cosas imposibles!...
CARL. Es que no son del agrado
De V.
JULIA. No, no: de mi tío,
Diría que nuestro trato
Alejaba a mis amantes.
CARL. ¡Pues ya se ve! Si un extraño
Se mezclaba en nuestras cosas,
Se terminaba el encanto.
JULIA. Como son tan fastidiosos
Todos los enamorados!...
Siempre con suspiros, siempre
Con ayes y gestos lánguidos!...
Se me cayó la otra tarde
Una flor... pues en el acto
La cogió y puso en su pecho
El condesito del Nardo.
¡Unas ganas de reír
Me dieron!
CARL. ¡Qué mentecato!
JULIA. Si canto quieren cantar
Conmigo, me dan el brazo
Si salimos a paseo,
Siempre me están adulando.
CARL. ¿Y el tío consiente?
JULIA. Hace más;
Se alegra.
CARL. ¡Tío mas raro!
JULIA. ¡Como quiere que me case!
CARL. ¡Mas tolerar tales actos!...
Pero V. sus libertades
Rechazará!

JULIA. ¡Las rechazo!
Parece providencial;
Tengo amigas que rabiando
Viven por tener marido
Y nadie les hace caso,
Y yo que no lo deseo,
Estoy siempre despreciando
Los mas bonitos partidos.
Hace un mes si no me engaño
Di pasaporte a un banquero
Que gasta mucho boato.
CARL. ¿Lo siente usted?
JULIA. ¡Si lo siento!...
¡Qué he de sentir! ¡ni pensarlo!
Una vez únicamente
Un joven me agradó tanto...
Que mi hermana me decía;
¡Eso es amor!... Por Dios Carlos
Yo le cuento a usted estas cosas
¡Porque es mi amigo!
CARL. (Con disgusto marcado.) ¡Está claro!
¡Esa prueba de amistad
Me hace... feliz!...
JULIA. (Observando su turbación.) ¡Cielo santo!
Parece que en sus facciones...
¿Qué tiene V. ¿está malo?
CARL. (Turbado.) ¡Malo?... no... sin duda... el
hambre,
JULIA. (Riendo.) ¡Hambre! ¡Qué poto román-
tico!...
CARL. ¡Entre amigos! (Con sonrisa forzada.)
JULIA. Casualmente
También yo me voy notando
Con apetito.
CARL. (Con viveza.) Un proyecto;
Julia: ¿Por qué no almorzamos
Como amigos?
JULIA. (Con alegría) Buena idea:
La aceptó con entusiasmo.
(Mientras habla deja el album sobre la mesita
del fondo, y coloca una servilleta en la mesa en
tanto que Carlos abre la puerta de la izquierda
y saca platos y cubiertos.)
Esto me divierte mucho;
La sociedad creará extraño
Nuestro proceder; no importa.
Sus decisiones rechazo:
Todo está ya; nada falta;
Almorcemos y entre tanto
Le contaré a V. la historia
De otro novio.
CARL. ¡Otro! ¿pues cuántos
(Con aire de fastidio y apoyándose sobre la mesa
frente a Julia.)
Ha tenido V?
JULIA. ¡Qué importa!
Si estuviera enamorado
V. de mí, mis palabras
Pudieran hacerle daño;
Pero siendo solo amigo... (Se sienta.)
CARL. (Sentándose.) Es verdad... escucho.
(Empieza a servir sin fijar la atención en las pa-
labras de Julia.)
JULIA. Carlos,
En cierta ocasión había...
¿Empiezo así mi relato?
CARL. (Con afectada indiferencia.) Como V. quiera.
JULIA. (Notando la brusca respuesta de Carlos.) No sé.
En qué consiste... es extraño!...
Pero es el caso tan tonto...
Mejor será no contarle...
CARL. La manera de empezar
Su historia, me ha recordado
Una prima muy bonita
A quien hace algunos años,
Siendo niña, le contaba
Mil cuentos estrafalarios.
Por cierto que a dicha prima
Hace poco la he encontrado
Y se hallaba encantadora.
JULIA. (Espresando disgusto.)
Habla V. con entusiasmo?
V. no tiene carácter,
V. se casará; Carlos.
CARL. ¿Yo?
JULIA. Sí, con esa primita.
(Con melancolía.)
CARL. Jamás.
JULIA. ¿Por qué? yo no alcanzo...
CARL. Porque mi prima es casada.
JULIA. (Dejando escapar su movimiento de alegría levan-
tándose.)
¡Eso es distinto! En tal caso...
CARL. (Levantando la cabeza y notando su turbación.)
¿Qué tiene V.? V. sufre.

Julia, ¡su rostro está pálido! (Se levanta.)
JULIA. (Buscando un pretexto y señalando la chimenea.)
Nada... ¡el calor!
CARL. Es posible
Y yo, necio, que no caigo!...
(Haciéndola pasar a la izquierda.)
Aquí estará V. mejor... (Señalando la butaca.)
El taburete debajo
De los pies... Perfectamente
Después... después...
(Se vuelve y prepara con precipitación un vaso
de agua.)
Este vaso
De agua azucarada, debe
Producir buen resultado.
Beba V... muy poco a poco...
Así... poco a poco... vamos,
¿Está V. mejor?
JULIA. ¡Oh! ¡sí!
(Volviendo el vaso y sonriendo.)
CARL. (La espresión.) En adelante este cuarto
¡Cómo lo voy a querer!
Porque su recuerdo grato
Siempre vivirá conmigo,
Siempre le tendré grabado
En mi corazón! Y aquí (Señalando la butaca.)
En donde V. se ha sentado
Nadie volverá a sentarse.
JULIA. (Sonriendo.) ¿He hecho bien en venir, Car-
los?
CARL. (Con valor.) ¿Y V. lo pregunta, Julia?
Triste siempre, solitario,
Sufriendo un dolor el alma
Desconocido y extraño
Marchaba por el camino;
De la vida sin descanso!
He visto a V. y parece
Que todo ha sufrido un cambio
Notable, siento que cruzan
Pensamientos elevados
Por mi mente, aire mas puro
Respiro, dulces encantos
Presiento en la vida, solo
En el mundo no me hallo.
Si mi hermano me abandona,
En V. miro otro hermano!
JULIA. (Con turbación.) Hablemos de él, es preciso
Calcular... es necesario
Saber no hemos convenido
En nada y es corto el plazo...
(Carlos toma una silla y se coloca cerca de Julia
entre ella y el velador sobre el que se halla el
vaso de agua.)
V. le dirá que debe
Olvidar su proyectado
Enlace; que morirá
De pena si de mi lado
Arranca a mi hermana...
CARL. Bueno:
El contestará: me caso,
Es muy cierto, pero Julia
Vivir puede a nuestro lado.
JULIA. ¡Vivir con ellos! y un día
Están solos, hablan bajo;
Nada me dicen, conozco
Que estoy allí incomodando...
Nunca, nunca;
CARL. Eso es muy cierto;
Y a mí me sucede!... ¡es raro!...
Yo que soy no mas amigo
De V. soy dichoso cuando
Como en este instante, solo
Me encuentro, Julia, a su lado.
JULIA. El con cariño a mi hermana
Le coge después la mano...
CARL. (Tratando de tomar la de Julia que la retira
dulcemente.)
Así... mas no la retira
Como V. la ha retirado.
JULIA. ¿Nosotros?...
CARL. Somos amigos:
Somos hermana y hermano;
¿Y este pequeño favor
No puede otorgarme acaso?
JULIA. (Levantándose para ocultar su turbación.)
¿Qué puede haberle ocurrido
A Andrea que tarda tanto?
CARL. ¿Quiéreme V. marcharse?
JULIA. Si,
Es muy tarde.
CARL. No hay cuidado
Dijo V. que no temía...
JULIA. El motivo que me trajo
A esta casa, era por cierto;
Puro, desinteresado....



LIT. V. ALEGRE.

TIPOS VALENCIANOS: EL TURRONERO.

CARL. ¿Y qué, no sucede ahora
Eso mismo?

JULIA. Sin embargo,
Me parece que he hecho mal.

CARL. Julia, todo lo contrario.
Y yo, ¿cómo viviré
En adelante privado
De su vista? Si no puedo
Visitarla, si no alcanzo
Esa prueba de cariño,
¿Qué haré? ¿qué haré? ¡desdichado!
Y veré pasar los días
Lentos, eternos, pensando
En que hay hombres mas dichosos.
Que se sientan á su lado,
Que contemplan la sonrisa
Que se escapa de sus labios,
Que respiran el ambiente
De su aliento perfumado,
Y este horrible pensamiento
Me irá el alma destrozando
Y el corazon morirá
Por el dolor quebrantado.

JULIA. ¡Oh! no, no quiero que nunca
Sufra V.: hoy mismo Carlos,
Los amantes importunos
Alejaré de mi lado.

CARL. ¡Ah!.... (Lleva la mano á su corazon y trata de
ocultar su emocion; Julia baja los ojos confusa,
momentos de silencio).
¡Gracias! Julia, ¿no adivina
V. lo que estoy pensando?

JULIA. (Con agitacion.)
Hable V., en mi cabeza
Se agolpan tambien estraños
Pensamientos.... que no puedo
Explicar....

CARL. (Con timidez.) Que ha poco rato
Afirmaba V. que nunca
Se sujetaba en sus actos

A la voluntad agena,
Y en este momento hallo
Que V. á mi voluntad
En todo se ha sujetado:

JULIA. (Conmovida.)
Es mi voluntad ahora
La suya, la suya, Carlos.

CARL. (Con la mayor emocion.)
¡Oh! Julia, no me hable V.
Con ese acento tan grato!
Su voz, es la voz del cielo
Que se escapa de sus labios,
Su mirada es la mirada
De un ángel que yo he soñado!
Siento.... pero V. no debe
Saber.... yo debo callarlo!
(Dá algunos pasos indeterminadamente para ocu-
ltar su emocion.)

JULIA. ¡Ah! Carlos....

(Se continuará.)



La unánime aceptacion con que el público
ha recibido la obra del Sr. D. Pedro Manuel
Yago, titulada *En el fondo*, de cuyo mérito

se han ocupado algunos buenos escritores,
y el constante deseo que nos anima de com-
placer á nuestros constantes favorecedores,
nos ha decidido á regalar un ejemplar á
cada uno de los suscritores que lo sean por
un semestre, vendiéndose un real mas ba-
rata de su coste para todos los demás.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Valencia, Administracion del
periódico, imprenta de José Rius, pla-
za de San Jorge, núm. 3; y en el cen-
tro general de suscripciones de Don
Manuel Carboneres, plaza de la Cons-
titucion; librería de D. Juan Mariana,
Hierros de la Lonja.

En Madrid, Sres. D. Carlos Bailly
Bailliere, plaza del Príncipe D. Al-
fonso, y D. Cipriano Moro y Durán,
Carrera de San Gerónimo.

En las demás provincias en todas
las principales librerías.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.